

placer y el dolor no son nada para el sabio, porque para él lo justo es el único bien, lo injusto el único mal, y todo lo que en sí no es justo ni injusto debe ser indiferente a sus ojos.

Se comprende que la amistad estoica sea, por efecto de ese racionalismo puro, muy condicional y fría, aunque debamos a Cicerón la más admirable glorificación de la amistad. Pero como dice Guyatt, por haber dado los estoicos tan poco alcance a la amistad personal, han tendido a desarrollar el amor del género humano. La ciudad de Platón y de Aristóteles la han reemplazado por la humanidad.

Ya los cínicos se habían proclamado ciudadanos del mundo, y mucho antes dijo Eurípides: «*El esclavo, si es hombre de bien, equivale a un hombre libre*»; pero esta fué la primera vez que se afirmaba la solidaridad humana con tal amplitud de pensamiento y con tal calor de corazón. Escuchemos, por ejemplo, a Séneca: «Todo lo que ves, todo ese conjunto a la vez divino y humano es uno: somos los miembros de un gran cuerpo. La Naturaleza nos ha hecho parientes; nos ha formado de los mismos elementos y para los mismos fines: nos ha dado ese amor mutuo que constituye el bien social; ha asociado el derecho con lo justo, y bajo la presión de su mandato las manos se levantan para socorrer. Que este verso esté en vuestros corazones como está sobre vuestros labios: «*¡Soy hombre y nada de lo tocante a la humanidad puede serme indiferente!*» Hemos nacido para algo común».

He ahí lo que escribía Séneca. Cicerón, por su parte, pronunció el primero esta frase sublime: *Caritas generis humani*, que es como la llave de oro de un mundo nuevo.

El filósofo estoico extiende sobre todos su simpatía: tiene por familia toda la humanidad; los hombres son sus hijos y las mujeres sus hijas, y como tales se les dirige para indicarles dónde están los bienes y los males. Apaleado, ama a los que le pegan, porque es padre y hermano de todos los hombres, su apóstol, su guía; vela y

pena por la humanidad entera; porque sus intereses son los suyos; porque elevándose sobre la familia, la ciudad y la patria predica el amor del género humano, diciendo con Marco Aurelio: «Ama a los hombres con todo tu corazón». Más aún: ese altruismo humano se prolonga en bondad para todo lo que vive; porque, según Séneca, reina entre todos los seres y entre todas las cosas un lazo sagrado, una relación de familia. El mismo amor que une a los hombres entre sí liga la humanidad al mundo y al principio del mundo.

Esa altura moral no ha sido excedida. No obstante, esa sublime altura no era, preciso es decirlo, más que un eco de los misterios. Acerca de este asunto, Juvenal confirma a Píndaro cuando dice en su sátira XV: «¿Quién es el hombre bueno y digno de la luz de los misterios, tal como el sacerdote de Ceres quiere que se sea, que piensa que ninguno de los males ajenos le sea indiferente?»

Por desgracia, el conmovedor altruismo estoico, igual al altruismo búdico y superior al altruismo evangélico, se ha amortiguado por una humildad y una «paciencia» demasiado resignadas. Y Marco Aurelio nos dirá:

«Acuérdate de la extensión universal, ¿qué parte ocupas en ella? Y de la duración universal, ¿qué fugitivo instante fué tu porción?... Piensa frecuentemente en la velocidad de la huída de la sucesión de las cosas que son y llegan a ser; porque la substancia es como un río en una corriente perpetua; y los vivientes sufren cambios continuos, y las causas, transformaciones innumerables; y hay un abismo sin fondo: el pasado, luego el porvenir, todo se sumergirá. ¿No es una locura en tal estado, atormentarse o afligirse?»

«Todo eso va a desaparecer: nuestros cuerpos en el mundo, nuestras memorias en la eternidad. La duración de la vida del hombre es un punto, su substancia un destello, su sensación una impotencia, su cuerpo una construcción que se derrumba, su alma